



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Carballo Fermín

OBISPO

**HOMILÍA DEL EXCMO. MONS. ÁNGEL F. CARABALLO F., XX
DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO. RECTORÍA MARÍA INMACULADA,
IMPOSICIÓN DE SOTANAS A NUEVOS SEMINARISTAS. 20/VIII/2023.**

Muy apreciados hermanos:

En esta celebración, tendremos la oportunidad de imponer la sotana a varios seminaristas que ingresarán el día 17 de septiembre al Seminario Sagrado Corazón de Jesús, en el estado Trujillo. Son seminaristas que ustedes conocen, pues se formaron en nuestro Seminario Propedéutico Jesús Buen Pastor. Es un día de gran esperanza y alegría, de gran gozo espiritual.

Queridos seminaristas, el llevar unaa sotana tiene un significado especial, pues el seminarista, como futuro sacerdote para el pueblo de Dios, debe distinguirse de los demás por el llamado de Dios, que ha recibido, y al cual busca responder generosamente. La sotana es una manifestación exterior del compromiso interior que se ha hecho con Jesús para seguirlo sobre todas las cosas.

La sotana es de color negro, porque es signo de austeridad y pobreza, de renuncia al mundo y a los propios gustos, para sólo vivir para Cristo, y olvidarse de todo proyecto personal. Indica, propiamente, la pertenencia a Jesús, pues es Él quien ha llamado personalmente al seminarista diciéndole “ven y sígueme” (Mt 9, 9). La sotana no es símbolo de poder, de prestigio, o de honor. Cuando se ponen su sotana, deben recordar la meta, el ideal: ser sacerdote; pero también llevar la sotana es una gran responsabilidad.

También, como ustedes saben, a nuestro propedéutico ingresarán 6 seminaristas, para discernir su inquietud vocacional. Les pido que, entre sus intenciones de hoy, recen por las vocaciones al sacerdocio. Nuestra Diócesis, en este momento, tiene dos parroquias y algunas rectorías vacantes, sin atención sacerdotal.

Y pidamos esta gracia, como lo hizo la mujer cananea que nos presenta el evangelio de hoy: con humildad, reconociéndonos realmente necesitados; con confianza, sabiendo que Jesús no se fija tanto en la dignidad de quien pide, sino que se deja llevar siempre por los impulsos de su corazón de redentor y salvador; con perseverancia, que es el arma de los pobres, no cansarse jamás de pedir, pues Jesús ha empeñado su palabra y nos ha prometido: “todo lo que pidan al Padre, en mi nombre, Él lo concederá” (Jn 15, 16).

La liturgia de este domingo pone a nuestra consideración el tema de la oración, especialmente la oración de petición. Jesús, como dice el evangelista, sale de su país Israel, a un país extranjero para los judíos: Tiro y Sidón. Quizás es un retiro intencional de Cristo. Quiere disponer de cierta tranquilidad y paz para dedicarse a instruir mejor a sus discípulos. Por allí nadie lo conocerá. Pero una mujer cananea, lo reconoce, y le pide un gran milagro: “ten compasión de mí, Señor, mi hija tiene un demonio muy malo”. A pesar de esa súplica desesperada de la mujer y la intercesión de los apóstoles, Jesús no responde, queda callado, y después les recordó que “el sólo había sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel”, y corresponderá a ustedes, una vez que descienda el Espíritu Santo, predicar el evangelio a todas las naciones. Sin embargo, la mujer no abandona la

súplica. Es cualidad formidable de las mujeres necesitadas: no cansarse de pedir ayuda, aunque reciban rechazos, humillaciones y negativas. Y Jesús cede movido por esta fe, alaba a la mujer y realiza el milagro.

Recuerdo que, cuando era párroco, una señora fue a la parroquia a inscribir a su hijo en la catequesis, pero ya el proceso de inscripción había culminado y le dije que no sería posible. Sin embargo, la señora insistía encarecidamente, sin cansarse. Yo, viendo su interés y el deseo de que su hijo se formara bajo los principios cristianos, accedí. Y esa señora, acompañaba a su hijo a la catequesis y, luego, se convirtió en una excelente catequista, incluso llegó a ser coordinadora general.

Si Jesús hubiera escuchado a la mujer cananea a la primera petición, sólo habría conseguido la liberación de la hija. Habría pasado la vida con menos problemas. Pero todo hubiera acabado en eso, y al final madre e hija morirían sin dejar huella de sí. Sin embargo, de este modo su fe creció, se purificó, hasta arrancar de Jesús ese grito final de entusiasmo: ¡Mujer, grande es tu fe!; que te suceda como desees. Desde aquel instante, constata el Evangelio, su hija quedó curada. Pero, ¿qué le sucedió durante su encuentro con Jesús? Un milagro mucho más grande que el de la curación de la hija, aquella mujer se convirtió en una creyente; una de las primeras creyentes procedentes del paganismo. Una pionera de la fe cristiana. Nuestra predecesora.

A veces, cuando pedimos algo al Señor y él no nos responde, desistimos y, con frecuencia, decimos que Jesús no responde a nuestras solicitudes. ¿Por qué será? Me gusta la respuesta que da San Agustín, santo y doctor de la Iglesia: «Cuando nuestra oración no es escuchada, es porque pedimos *aut mali, aut male, aut mala*. *Mali*, porque somos malos y no estamos bien dispuestos para la petición. *Male*, porque pedimos mal, con poca fe o sin perseverancia, o con poca humildad. *Mala*, porque pedimos cosas malas, o van a resultar, por alguna razón, no convenientes para nosotros» (La ciudad de Dios, 20, 22).

Porque somos malos, es decir, no estamos bien dispuestos o no estamos en gracia de Dios. Hemos levantado un muro entre Dios y cada uno, y pretendemos que Él nos escuche. Es necesario, por tanto, quitar los obstáculos que hemos puesto en nuestra relación con Dios, con una buena confesión sacramental y con el firme propósito de crecer en amistad con Él.

Porque pedimos mal, sin perseverancia. La perseverancia es fidelidad. El Padre nos escucha y nos comprende. Pero Él, además, ve nuestro futuro, el plan que tiene para nosotros, que es la salvación eterna. Por eso, a veces se hace esperar para que crezca en nosotros la fe y se purifique la intención. Recordemos: Dios sabe más; el tiempo de Dios es perfecto. Nos toca a nosotros pedir, sin desfallecer, confiando plenamente en Dios que no niega nada a sus hijos, si conviene a su salvación eterna.

Pensemos en Zacarías e Isabel. Pedían un hijo y no llegaba. Después de muchos años, cuando ya tenían que haberse resignado del todo, ellos seguían con su petición. Seguramente no entenderían por qué Dios no respondía. En su vejez, Isabel concibió, ni más ni menos, que a Juan el Bautista. “el mayor hombre nacido de mujer” según palabras de Cristo.

No sabemos qué pedir: Dios sabe más y si no nos concede algo, aunque lo pidamos con fe, es porque no nos conviene. Él, como buen padre, cuida de cada uno de nosotros. Imagínense si un hijo de tres años, les pide un cuchillo afilado para jugar ¿ustedes se lo darían? Seguro que no. Aunque el niño llorara o gritara, el papá, la mamá, como quieren al hijo, no se lo darán. Así también actúa Dios Padre con cada uno de nosotros.

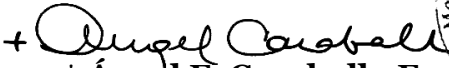
Y el Señor no sólo da cosas, sino que Él mismo se da a sí mismo. Dice el Papa Francisco: “Cuando oramos valientemente, el Señor nos da la gracia, e incluso se da a sí mismo en la gracia: el Espíritu Santo, es decir, ¡a sí mismo! Nunca el Señor da o envía una gracia por correo: ¡nunca! ¡La lleva Él mismo! ¡Él es la gracia! Lo que pedimos es un poco como el papel en que se envuelve la gracia. Pero la verdadera gracia es Él que viene a traerla. Es Él. Nuestra oración, si es valiente, recibe lo que pedimos, pero también aquello que es lo más importante: al Señor” (Cf. S.S. Francisco, 10 de octubre 2013, homilía en Santa Marta).

Queridos hermanos, cualquiera petición debería acabar con las palabras “Pero ‘hágase tu voluntad” (como Cristo en el huerto de los olivos); y, abandonándonos en las manos del Señor, decirle: “Lo que tú quieras, como tú quieras, cuando tú quieras”. Tú sabes más Señor, en ti confío plenamente.

Finalmente, orar pidiendo algo a Dios no significa dejarlo todo en sus manos, y nosotros sentarnos en el sillón de la flojera. Tampoco Jesús nos invita a la pereza: en la parábola de los talentos queda claro que debemos hacer rendir los talentos de Dios para bien de todos. En la escena del evangelio, hemos visto la insistencia de la mujer cananea, a pesar del rechazo, menosprecio e indiferencia de Jesús y los apóstoles. Como dice el adagio: a Dios rogando y con el mazo dando. Debemos tener como lema de nuestras vidas: Insistir, persistir, resistir, pero nunca desistir.

Todo lo conseguimos uniendo dos voluntades: la de Dios y la nuestra. Sigo, en mi ministerio episcopal, el consejo que nos dio San Agustín: “Haz tú lo que puedas, pide lo que no puedes, y Dios te dará para que puedas”.

Queridos seminaristas: ánimo. El Señor no se equivoca: los ha elegido, para que entreguen sus vidas al servicio del pueblo santo. Querida comunidad cristiana: recemos con humildad, confianza y perseverancia, como la mujer cananea, y arranquémosle del corazón de Jesús muchos sacerdotes. Ojalá que cada uno podamos implorar al Buen Pastor: Señor, damos muchos santos sacerdotes. Que así sea.

+ 
† Ángel F. Carballo F.
Obispo de Cabimas

